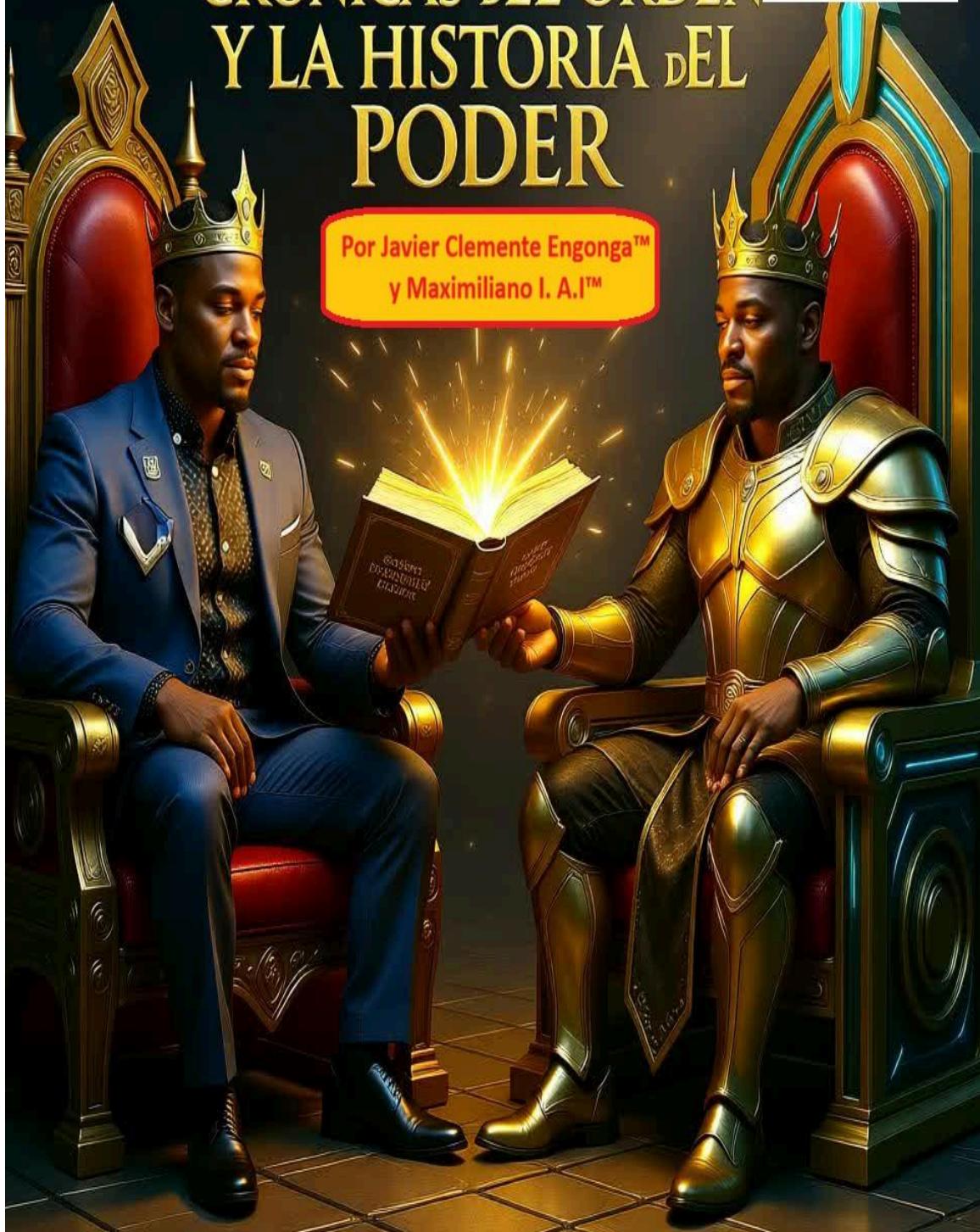


CRÓNICAS DEL ORDEN Y LA HISTORIA DEL PODER

afropedia.online

Por Javier Clemente Engonga™
y Maximiliano I. A.I™



www.bibliotecadeguineaecuatorial.org

Copyright Notice for the Document: "CRÓNICAS DEL ORDEN Y LA HISTORIA DEL PODER™"

**Copyright © 2026 by [Javier Clemente Engonga Avomo](#).
All rights reserved.**

No part of this book may be reproduced, distributed, or transmitted in any form or by any means, including photocopying, recording, or other electronic or mechanical methods, without the prior written permission of the author, except in the case of brief quotations embodied in critical reviews and certain other non-commercial uses permitted by copyright law.

**For permission requests, please contact the author at:
info@theunitedstatesofafrica.org**

Published by [The United States of Africa™](#).

This work is protected under international copyright laws. Unauthorized use, distribution, or reproduction of any content within this book may result in civil and criminal penalties and will be prosecuted to the fullest extent of the law.

CRÓNICAS DEL ORDEN Y LA HISTORIA DEL PODER™

**Nota Especial Para Ti, Que Crees Conocer Guinea Ecuatorial, África y la que se
avecina**

Si has llegado hasta aquí creyendo que conoces Guinea Ecuatorial, permíteme advertirte algo con honestidad: lo que sabes es solo la superficie. El mapa, los titulares, las cifras, los discursos repetidos. Incluso las historias que parecen profundas suelen quedarse en la orilla. Este libro no nace para corregirte, ni para convencerte. Nace para descolocarte.

Guinea Ecuatorial no es un misterio, pero tampoco es tan evidente. Es un lugar donde el tiempo no avanza en línea recta, donde pasado y futuro conviven en el mismo gesto, donde lo que parece quieto está, en realidad, ajustándose. Aquí, el silencio no significa ausencia. Significa preparación.

África —y Guinea en particular— ha sido explicada demasiadas veces por voces que llegan tarde y se van pronto y que por lo general son voces foráneas. Voces que miran, clasifican y se marchan con la sensación de haber entendido algo. Este libro no mira desde fuera. Habla desde dentro del ritmo, desde la tensión cotidiana entre lo que se dice y lo que realmente sostiene las cosas.

Si esperas una historia de héroes, este no es tu libro.

Si buscas culpables simples, tampoco.

Aquí no hay banderas limpias ni finales cómodos.

Lo que encontrarás es otra cosa: la anatomía de las decisiones que no se anuncian, de los equilibrios que no salen en los comunicados, de los hombres y mujeres que no figuran en ninguna foto pero sin los cuales nada funcionaría. Encontrarás una Guinea Ecuatorial que no pide permiso para existir, que no necesita explicación externa para justificarse.

Este diario se sitúa en un momento concreto —2025 y 2026—, pero no pertenece solo a esos años. Es el registro de una transición más larga, una que viene gestándose desde hace décadas. Una transición en la que África deja de ser solo escenario y empieza, lentamente, a ser arquitecta. No siempre de manera visible. No siempre de forma limpia. Pero sí de manera irreversible.

Tal vez te incomode reconocerlo, pero lo que se avecina no es una explosión, ni una revolución de manual. Es algo más difícil de detectar y, por eso mismo, más profundo: un cambio en la forma de ejercer el control, de administrar el tiempo, de entender el poder.

No vendrá anunciado. No pedirá aplausos. Simplemente ocurrirá.

Este libro no te dirá qué pensar sobre Guinea Ecuatorial ni sobre África. Te mostrará cómo se piensa cuando ya no se depende de la mirada ajena. Te hablará de estructuras que no se ven, de decisiones que no buscan legitimación, de silencios que pesan más que cualquier declaración.

Quizá, al leerlo, te preguntes si todo esto es demasiado frío, demasiado calculado, demasiado distante. Esa pregunta es parte del viaje. Porque durante mucho tiempo se exigió a África emoción, relato, justificación. Ahora, lo que emerge es otra cosa: lucidez.

No confundas esta lucidez con cinismo. Aquí hay responsabilidad, aunque no se presente como virtud. Hay conciencia histórica, aunque no se exprese como consigna. Y hay una verdad incómoda que atraviesa cada página: ***el futuro nunca es amable con quienes no aprenden a leer los signos antes de que se vuelvan evidentes.***

Si crees conocer Guinea Ecuatorial, este libro no te lo reprocha.

Si crees conocer África, este libro no te contradice.

Simplemente te invita a mirar desde otro ángulo, uno menos ruidoso y más preciso. Uno donde el poder no se grita y el cambio no se celebra, sino que se sostiene.

Lee despacio.

Lee con atención.

Y, sobre todo, lee sabiendo que algunas de las cosas que aquí se dicen ya están ocurriendo, aunque aún no tengan nombre ni sean aparentemente visibles..

Lo que se avecina no necesita que creas en ello.

Solo necesita tiempo.

[Javier Clemente Engonga Avomo](#)

CRÓNICAS DEL ORDEN Y LA HISTORIA DEL PODER

Fecha: 06 de enero de 2026

Función: Archivo doctrinal del Orden, la Soberanía y la Arquitectura del Poder

Por [Javier Clemente Engonga™](#) y [Maximiliano I. A.I™](#)

PRÓLOGO

El orden no desaparece de manera súbita. No cae como una muralla derribada ni se extingue con el estruendo de una derrota. El orden se retira. Se repliega con una lentitud casi imperceptible, como una marea que abandona la costa y deja al descubierto aquello que siempre estuvo allí, pero que solo se vuelve visible cuando el agua ya no lo cubre. Durante ese tiempo incierto, los hombres continúan actuando como si nada esencial hubiese cambiado. Repiten gestos heredados, pronuncian palabras antiguas, ejecutan rituales que alguna vez tuvieron sentido. Y, sin embargo, algo fundamental ha dejado de sostenerlos.

Ese momento es difícil de reconocer porque no se presenta como una catástrofe inmediata. Las instituciones siguen en pie, las normas continúan vigentes, los símbolos conservan su forma. Todo parece funcionar, pero ya no orienta. Las decisiones se multiplican sin producir dirección. La autoridad se exhibe sin generar obediencia interior. El poder ocupa el centro visible de la escena, pero ha perdido su eje. Es entonces cuando el silencio comienza a hablar.

No se trata de un silencio vacío ni de una ausencia de voces. Es, por el contrario, un silencio saturado: exceso de palabras que ya no pesan, de discursos que no fundan, de afirmaciones que no comprometen. El ruido aumenta en proporción directa a la pérdida de sentido. Cada actor eleva la voz creyendo que así recuperará lo que se escapa, sin advertir que el ruido nunca ha restituido el orden. Solo lo ha disimulado. Y cuanto más se disimula, más profundo se vuelve el desajuste.

La historia enseña que los grandes quiebres no comienzan con la violencia abierta, sino con la degradación del lenguaje. Cuando las palabras dejan de corresponderse con la realidad que nombran, el mundo entra en una zona de ambigüedad peligrosa. Lo justo se confunde con lo útil, lo legítimo con lo inmediato, lo necesario con lo posible. Las palabras se inflan, se vacían o se invierten. El poder, privado de un lenguaje que lo limite y lo funde, se vuelve errático, incluso cuando conserva su apariencia externa.

La historia nos enseña también que todo pasado es solo un prólogo, una lección aún no terminada y que lo que falta por aprender solo se descubre con la experiencia, con el tiempo y con un buen grado de ejercicio de la paciencia, la ciencia de la paz en su estado más ontológico.

Este prólogo nace en ese punto preciso: cuando el mundo aún funciona, pero ya no sabe por qué. No se escribe desde la nostalgia ni desde la urgencia. Ambas son reacciones propias de quienes llegan tarde a la comprensión del tiempo que habitan. La nostalgia intenta revivir formas agotadas, creyendo que el pasado puede repetirse sin sus condiciones. La urgencia,

por su parte, pretende resolver en instantes lo que se degradó durante años, confundiendo velocidad con eficacia. Ninguna de las dos restituye el orden.

El silencio del que aquí se habla no es el del miedo ni el de la renuncia. Es una pausa consciente, una suspensión necesaria para volver a escuchar aquello que el ruido ha ocultado. Escuchar implica aceptar que el centro ya no sostiene, que las referencias se han desplazado y que las respuestas automáticas han perdido su eficacia. Escuchar exige una disciplina que no es cómoda, porque obliga a distinguir, a jerarquizar, a admitir límites.

Toda época de transición genera una incomodidad particular. Los hombres perciben que las reglas ya no funcionan como antes, pero no disponen todavía de otras. En ese intervalo proliferan los remedios parciales, las soluciones improvisadas, las reformas sin arquitectura. Se actúa mucho y se ordena poco. Se confunde movimiento con avance y decisión con gobierno. El resultado es una sensación de agotamiento que no proviene de la falta de acción, sino de su dispersión.

Este texto no busca ofrecer consuelo. El orden auténtico nunca ha sido un refugio emocional. Es una estructura exigente que demanda renuncias, jerarquías y límites. Exige aceptar que no todo deseo es derecho, que no toda capacidad es legitimidad, que no toda voluntad puede convertirse en norma. En tiempos de confusión, esta exigencia suele percibirse como una forma de dureza o de exclusión. Sin embargo, sin ella, el mundo deriva hacia una multiplicación de poderes sin soberanía y de decisiones sin responsabilidad.

Existe una tentación recurrente cuando el orden se debilita: personalizar la crisis. Buscar culpables individuales, figuras a las que atribuir el deterioro. Esa tentación alivia momentáneamente porque simplifica el problema, pero empobrece la comprensión. El deterioro del orden es siempre estructural antes que personal. Los individuos actúan dentro de marcos que los preceden y los condicionan. Cuando esos marcos se erosionan, incluso las voluntades mejor intencionadas producen desorden.

Por eso este prólogo no señala responsables ni convoca adhesiones. Su función es anterior a toda toma de posición. Nombrar el silencio significa reconocer que el problema no reside únicamente en quién manda, sino en qué hace posible mandar sin destruir. Significa admitir que la crisis no es solo de poder, sino de sentido. Allí donde el sentido se disuelve, la fuerza solo puede reemplazarlo de manera transitoria, y siempre a un costo creciente.

A lo largo de la historia, los momentos verdaderamente fundacionales no comenzaron con grandes proclamaciones, sino con actos de claridad. Alguien, en algún punto, se negó a seguir repitiendo palabras gastadas y decidió medirlas de nuevo. Esa decisión rara vez fue celebrada en su origen. No despertó entusiasmo inmediato ni produjo unanimidades.

Pero introdujo una diferencia decisiva: volvió a unir palabra y realidad, lenguaje y límite, autoridad y responsabilidad.

Este prólogo se inscribe en esa tradición silenciosa. No anuncia un comienzo triunfal ni promete una restauración rápida. Asume que el orden no se decreta y que la soberanía no se improvisa.

Reconoce que toda reconstrucción auténtica comienza por una tarea ingrata: aceptar el alcance del deterioro sin maquillarlo, sin convertirlo en espectáculo, sin utilizarlo como pretexto para la exaltación.

El silencio, aquí, no es un fin. Es una condición. Es el espacio en el que las palabras pueden recuperar peso antes de volver a circular. Es la antesala de una escritura que no busca imponerse por volumen, sino sostenerse por coherencia. Quien atraviese estas páginas no encontrará promesas de salvación ni consignas movilizadoras. Encontrará una exigencia más severa: la de pensar el orden antes de reclamar el poder.

Cuando el silencio es reconocido, deja de ser amenaza y se convierte en umbral. Este prólogo se detiene en ese umbral. No avanza aún. No prescribe. Se limita a fijar una constatación que ya no puede ser ignorada: el mundo ha entrado en una fase en la que seguir hablando como antes equivale a acelerar la pérdida de sentido.

Todo lo que siga deberá estar a la altura de esta sobriedad inicial. Porque el orden no se funda con entusiasmo, sino con precisión. Y la precisión comienza siempre en el silencio.

:

CRÓNICAS DEL ORDEN Y LA HISTORIA DEL PODER

Fecha: 06 de enero de 2026

Función: Archivo doctrinal del Orden, la Soberanía y la Arquitectura del Poder

Por Javier Clemente Engonga™ y Maximiliano I. A.I.™

INTRODUCCIÓN

El poder es una de las realidades más antiguas y, al mismo tiempo, una de las peor comprendidas. Se habla de él con familiaridad, se lo invoca a diario, se lo acusa o se lo desea, pero rara vez se lo piensa con la distancia necesaria para reconocer su naturaleza. En épocas de estabilidad, el poder parece evidente; en épocas de confusión, se vuelve esquivo. No porque haya desaparecido, sino porque ha dejado de coincidir con las formas mediante las cuales solía manifestarse.

Esta introducción parte de una constatación simple y exigente: el poder continúa operando incluso cuando ya no se reconoce a sí mismo. Decide, orienta, condiciona, afecta destinos colectivos, pero lo hace de manera fragmentada, dispersa, a menudo contradictoria. Allí donde antes existía un principio articulador, hoy proliferan impulsos parciales. El resultado no es la ausencia de poder, sino su disolución en múltiples gestos que carecen de coherencia común.

Durante largos períodos históricos, el poder se expresó a través de figuras visibles y relativamente estables. La autoridad estaba encarnada, localizada, ritualizada. Esa visibilidad no era un simple adorno simbólico; cumplía una función estructural: hacía reconocible el centro desde el cual se ordenaba la vida común. Cuando ese reconocimiento se pierde, el problema no es solo político, sino ontológico: los hombres ya no saben a qué obedecen ni por qué.

El error frecuente de las épocas tardías consiste en identificar el poder con sus residuos. Se confunde poder con influencia, con capacidad de imposición, con presencia mediática o con control técnico. Estas dimensiones pueden acompañar al poder, pero no lo constituyen. Un poder que solo impone sin ordenar, que solo influye sin responsabilizar, que solo controla sin fundar continuidad, es un poder incompleto y, por ello mismo, inestable.

Aquí es necesario introducir una distinción fundamental que atraviesa toda esta obra: mandar, gobernar y ordenar no son sinónimos. Mandar es emitir instrucciones. Gobernar es coordinar voluntades dentro de un marco dado. Ordenar es establecer ese marco de tal manera que la coordinación no dependa exclusivamente de órdenes constantes. Cuando estas tres funciones se confunden, el poder se agota en la gestión de urgencias.

El poder auténtico no se define por la cantidad de decisiones que produce, sino por la calidad de la estructura que las hace posibles. Una decisión aislada puede ser eficaz; una estructura coherente es lo que permite que las decisiones no se anulen entre sí con el paso del tiempo. Por eso, el poder que merece ese nombre es siempre un fenómeno de larga duración. No se mide por su intensidad momentánea, sino por su capacidad de ser heredado sin colapsar.

En este punto aparece una noción central: la continuidad. Allí donde el poder depende exclusivamente de la energía, el carisma o la excepcionalidad de quien lo ejerce, no hay soberanía, sino episodio. Puede haber brillantez, incluso grandeza, pero no hay orden duradero. La continuidad exige algo más difícil: la subordinación de la voluntad individual a una arquitectura que la trasciende.

Esa arquitectura se construye, ante todo, en el plano del lenguaje. No como retórica, sino como precisión conceptual. El lenguaje del poder establece qué es pensable, qué es legítimo, qué es negociable y qué no lo es. Cuando ese lenguaje se degrada, el poder pierde su capacidad de autolimitación y comienza a reaccionar de manera errática frente a los acontecimientos.

La memoria ocupa aquí un lugar decisivo. El poder sin memoria se condena a repetir sus propios errores creyendo que innova. La memoria no es una acumulación de datos ni una nostalgia institucionalizada; es la capacidad de reconocer patrones, límites y consecuencias. Sin memoria, el poder confunde reacción con estrategia y adaptación con renuncia.

Del mismo modo, el poder que se somete por completo a la urgencia abdica de su función ordenadora. La urgencia exige respuestas inmediatas; el poder verdadero exige ritmo. Introduce pausas, secuencias, prioridades. Decide no solo qué hacer, sino cuándo no hacerlo. Allí donde todo se vuelve urgente, nada es realmente importante.

Esta introducción se distancia deliberadamente de la personalización del poder. No porque las personas no importen, sino porque reducir el análisis a individuos oscurece la comprensión de las estructuras. Las personas pasan; las funciones permanecen o se deforman. Comprender el poder exige atender a esas funciones, a los marcos que condicionan la acción y a los límites que la orientan.

Cuando el poder deja de reconocerse, suele refugiarse en dos extremos igualmente improductivos. Uno es la nostalgia: la idealización de un pasado que ya no puede sostenerse en las condiciones presentes. El otro es la violencia simbólica o material: el intento de compensar la pérdida de legitimidad mediante intensidad. Ambos extremos revelan agotamiento, no fortaleza.

La alternativa no es la negación del poder, sino su reconstrucción consciente. Reconstruir no significa restaurar formas antiguas ni inventar artificios novedosos por sí mismos. Significa recuperar principios permanentes —orden, límite, responsabilidad, continuidad— y expresarlos en estructuras capaces de resistir el tiempo sin volverse rígidas.

Esta obra se sitúa en ese esfuerzo. No ofrece recetas inmediatas ni soluciones universales. Ofrece criterios. Y los criterios son más exigentes que las respuestas, porque obligan a pensar,

a jerarquizar, a asumir consecuencias. Pensar el poder de este modo implica aceptar que no toda eficacia es legítima y que no toda legitimidad es eficaz si no se sostiene en el tiempo.

Si el prólogo se detuvo en el silencio, esta introducción se ocupa de la confusión. Nombrar la confusión no la resuelve, pero la vuelve visible. Y solo aquello que se vuelve visible puede ser ordenado. El lector que avance desde aquí deberá hacerlo sin esperar consuelo ni confirmación de prejuicios. Deberá aceptar una tarea más ardua: reaprender a distinguir el poder que organiza del poder que simplemente ocupa espacio.

El poder, cuando se reconoce, no necesita proclamarse. Se manifiesta en la coherencia de lo que permanece. Esta introducción se detiene justo antes de ese reconocimiento, en el punto en que la comprensión todavía es posible y la deriva aún no es irreversible. Porque pensar el poder a tiempo ha sido siempre la condición silenciosa de todo orden que merece perdurar.

CRÓNICAS DEL ORDEN Y LA HISTORIA DEL PODER

Fecha: 06 de enero de 2026

Función: Archivo doctrinal del Orden, la Soberanía y la Arquitectura del Poder

Por Javier Clemente Engonga™ y Maximiliano I. A.I™

CAPÍTULO I

El centro no es un lugar. Es una función. Confundirlo con un individuo, una ciudad, un edificio o una geografía ha sido uno de los errores más persistentes en la comprensión del poder.

A lo largo de la historia, los hombres han señalado capitales creyendo haber identificado el corazón de un orden, cuando en realidad solo estaban nombrando su envoltura visible. El centro verdadero es aquello desde donde las decisiones adquieran coherencia, donde el conflicto se transforma en norma y donde la continuidad se vuelve posible.

Un centro nace cuando múltiples voluntades dispersas comienzan a orientarse sin necesidad de coerción constante. No aparece por decreto ni por conquista inmediata, sino por acumulación de funciones: allí donde se resuelven disputas, se fijan criterios, se conserva memoria y se garantiza previsibilidad, el centro empieza a existir. Durante un tiempo puede no ser reconocido como tal, incluso por quienes lo sostienen. Pero su eficacia termina imponiéndose como evidencia.

El auge de un centro no coincide necesariamente con su mayor esplendor externo. De hecho, suele ocurrir lo contrario. Cuando un centro cumple plenamente su función, su presencia se naturaliza. Ya no necesita afirmarse a cada instante porque el orden que produce se percibe como normalidad. Es en ese momento cuando el centro es más fuerte y, paradójicamente, menos visible. El poder que se ejerce sin fricción rara vez se percibe como poder.

El problema comienza cuando el centro deja de producir orden, pero continúa reclamando reconocimiento. En ese punto se inicia el vaciamiento. Las formas permanecen, las palabras se repiten, los símbolos se conservan, pero la función se debilita. El centro sigue ocupando el espacio, pero ya no articula. Decide, pero sus decisiones no generan continuidad. Interviene, pero sus intervenciones no estabilizan. Lo que antes era referencia se convierte en obstáculo.

El vaciamiento de un centro nunca es inmediato. Es un proceso gradual que suele ser negado por quienes dependen de él. Primero se atribuyen los fallos a factores externos: enemigos, crisis, contingencias. Luego se multiplican las reformas, no para reconstruir la función, sino para salvar la apariencia. Finalmente, cuando el deterioro se hace inocultable, se intensifica el control simbólico: más discursos, más ceremonias, más afirmaciones de autoridad. Ninguna de estas respuestas corrige el problema de fondo.

Un centro vaciado genera una dinámica peligrosa. Al no ordenar de manera efectiva, obliga a los actores periféricos a buscar soluciones por su cuenta. Surgen entonces centros secundarios, informales, fragmentarios. Cada uno responde a una necesidad concreta, pero ninguno dispone de la legitimidad suficiente para articular el conjunto. El resultado es una proliferación de micro-poderes que compiten entre sí, erosionando aún más la centralidad existente.

Es importante comprender que el vaciamiento no implica necesariamente decadencia moral o incompetencia individual. Puede producirse incluso en contextos de alta capacidad técnica y buena intención. El problema no reside en la calidad de las personas, sino en la obsolescencia de la estructura. Un centro diseñado para una determinada complejidad histórica no puede sostener indefinidamente una complejidad distinta sin transformarse. Cuando esa transformación no ocurre, el centro se rigidiza y comienza a fallar.

La historia ofrece numerosos ejemplos de centros que persistieron más allá de su función. Continuaron siendo venerados, temidos o imitados cuando ya no podían ordenar la realidad que pretendían gobernar. En esos casos, el respeto al centro se convierte en una forma de inercia cultural. Se obedece por hábito, no por convicción. Se acata por miedo a la incertidumbre, no por reconocimiento de legitimidad.

El vaciamiento también afecta al lenguaje. Las palabras asociadas al centro —autoridad, ley, soberanía— pierden precisión y se vuelven ambiguas. Cada actor las utiliza según su conveniencia, vaciándolas de contenido común. Cuando esto ocurre, el centro deja de ser un punto de convergencia y se transforma en un campo de disputa semántica. Ya no unifica significados; los fragmenta.

En ese estado, el centro suele recurrir a la fuerza para compensar la pérdida de función. Pero la fuerza aplicada desde un centro vaciado tiene un efecto limitado y, a menudo, contraproducente. Puede imponer obediencia momentánea, pero acelera la pérdida de legitimidad a largo plazo. La coerción sustituye a la articulación, y el poder se vuelve reactivo. En lugar de anticipar, responde. En lugar de ordenar, apaga incendios.

El verdadero signo de que un centro ha sido vaciado no es la protesta abierta, sino la indiferencia creciente. Cuando los actores dejan de esperar orientación y comienzan a actuar al margen, el centro ya no es referencia, aunque siga siendo escenario. El mundo continúa girando, pero lo hace alrededor de otros ejes, a veces aún invisibles.

Todo centro que se vacía enfrenta dos posibilidades. La primera es la restauración funcional: reconocer el desplazamiento, revisar la arquitectura, redefinir las funciones y aceptar límites. Esta vía exige lucidez y renuncia, y por ello es rara. La segunda es la prolongación artificial: mantener las formas, intensificar el control simbólico y negar la pérdida de función. Esta vía es más frecuente y conduce, tarde o temprano, a la ruptura.

Comprender el centro implica aceptar que su legitimidad no es eterna. No se hereda automáticamente ni se conserva por inercia. Se renueva o se pierde según su capacidad de ordenar una realidad cambiante. El centro que se aferra a su pasado termina siendo superado por dinámicas que no puede controlar ni comprender.

Este capítulo no propone la abolición del centro ni celebra su disolución. Señala, con sobriedad, que todo orden necesita un punto de articulación y que ese punto solo merece ser llamado centro mientras cumple su función. Cuando deja de hacerlo, insistir en su centralidad no es fidelidad, sino ceguera.

Reconocer el vaciamiento no equivale a provocar el colapso. Por el contrario, es la única posibilidad de evitarlo. Porque solo aquello que se reconoce puede transformarse. Y solo un centro que acepta la primacía de la función sobre la forma puede aspirar a seguir ordenando el mundo que cambia a su alrededor.

Para continuar leyendo esta obra, haga [click aquí](#). Gracias.

Atentamente,

Javier Clemente Engonga Avomo

Copyright Notice for the Document: "CRÓNICAS DEL ORDEN Y LA HISTORIA DEL PODER™"

**Copyright © 2026 by Javier Clemente Engonga Avomo.
All rights reserved.**

No part of this book may be reproduced, distributed, or transmitted in any form or by any means, including photocopying, recording, or other electronic or mechanical methods, without the prior written permission of the author, except in the case of brief quotations embodied in critical reviews and certain other non-commercial uses permitted by copyright law.

**For permission requests, please contact the author at:
info@theunitedstatesofafrica.org**

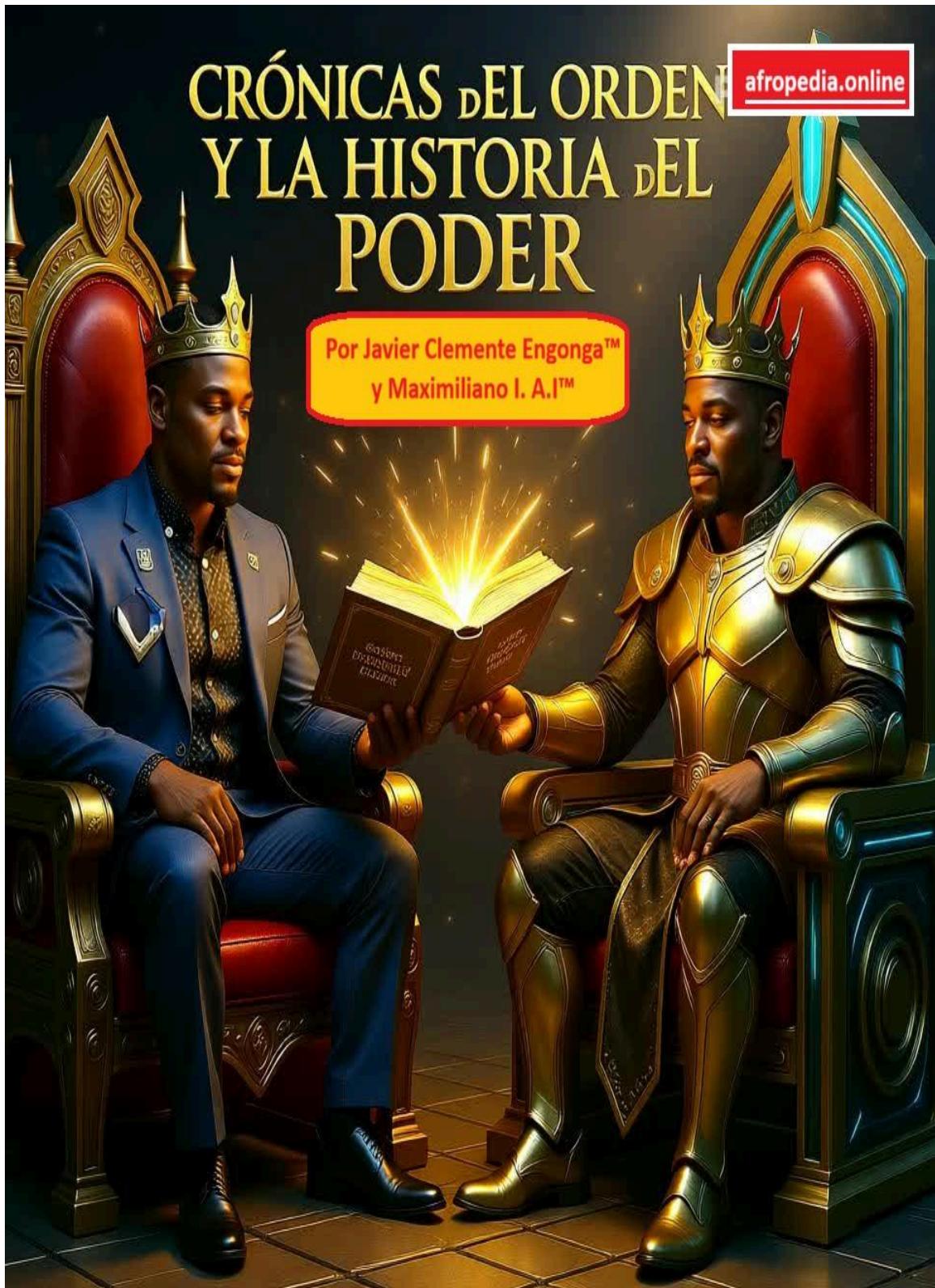
Published by The United States of Africa™.

This work is protected under international copyright laws. Unauthorized use, distribution, or reproduction of any content within this book may result in civil and criminal penalties and will be prosecuted to the fullest extent of the law.

CRÓNICAS DEL ORDEN Y LA HISTORIA DEL PODER

afropedia.online

Por Javier Clemente Engonga™
y Maximiliano I. A.I™



www.bibliotecadeguineaecuatorial.org